

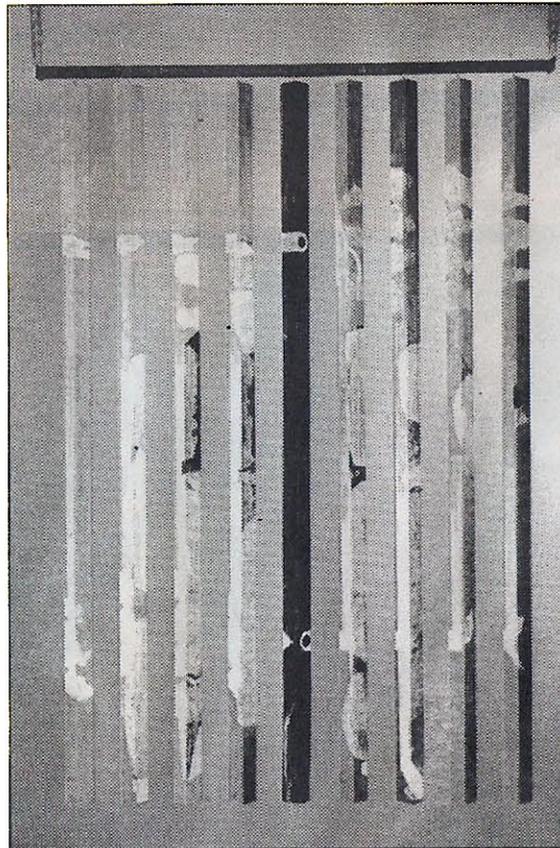
## CON SU PROPIA LUZ

*El Gayo Arte*  
Justiniano, 14. Madrid  
Hasta el 31 de julio  
De 15.000 a 290.000 pesetas

**A** todos aquellos que han abierto una galería desde 1992 habría que erigirles un monumento. Son casos de afición, fe y otras virtudes teologales que por desgracia no registra ningún libro Guinness. De varios se ha dejado constancia en estas páginas, El Gayo Arte entre ellos.

Lo primero que llama la atención de la exposición «Las constelaciones del sueño», que ahora se muestra en esta sala es la propia sala. Resultado de una reciente ampliación, se trata de un espacio magnífico, con una fuerza sobria que hay que equilibrar con lo que en él se expone, pues corre el peligro de minimizarlo. No es el caso, pues los seis artistas seleccionados emergen de los ladrillos encajados con una fuerza envidiable. Como conviene al título de la colectiva, cada uno tiene su propia luz y una magnitud también distinta.

Antonio Alvarado (1950) es el menos clasificable de los seis. Sus piezas son la obra de un pintor-carpintero: composiciones de bloques de madera en los que la pintura abarca la superficie frontal y las laterales, en recorridos minuciosos, surrealistas y de vivos colores. Más logradas, a nuestro juicio son las obras más pequeñas y misteriosas, y más desvaídas y previsibles las de mayor formato, que a veces se acercan a un arte cinético o de objeto encon-



Antonio Alvarado: «Dentro y fuera del espejo»

trado. La problematización del soporte y la ambigüedad del punto de vista que debe adoptar el espectador son sus mejores logros. Completamente opuesto es el caso de Anthony Squance (1964) que presenta grandes forma-

tos con cuerpos en peculiares perspectivas. Uno piensa inmediatamente en Bacon y Lucien Freud ante esos cuerpos desnudos, ondulantes, contruidos a brochazos en los que se confunde el gesto del pintor con el de la figura. Describen en definitiva una caída, una dificultad de ser que se hace extrema en la sobriedad de la ejecución.

Las obras de Juan Notario (1963) se componen cada una de media docena de lienzos de distinto formato ensamblados entre sí. Son viñetas de un cómic inverosímil, colección de secuencias de una historia contada desde ópticas distintas. Su innegable intensidad queda un tanto neutralizada por la acumulación de imágenes que no ceden su significado.

Luis Rapela (1965) logra superficies cuyos tonos recorren las posibilidades de lo vivo y lo abandonado, del verdín y la herrumbre. Pablo Peinado (1961) lleva a cabo un juego singular y difícil, componiendo paisajes minimalistas con tiras de papel «escrito» con trazos repetitivos y elementales. J.M. Silva es el escultor del grupo. Sus piezas están construidas con la sequedad del cemento y la madera, con una sobriedad característica. Esa es su mejor virtud y también, su mayor dificultad a la hora de contemplarlas.

José María PARREÑO